

Una amistad que me honró para siempre

MIGUEL ANGEL BURELLI RIVAS *

Conocí a Carlos Lleras Restrepo cuando fue veintiañero y estudiante, de secretario de la Embajada en Bogotá, llevado por don Mario Briceño Iragorry, quien era el embajador.

Mi afición por la política y mi interés por las cifras de la inteligencia y la vida pública colombiana, que por la radio conocía, me acercaron a ellas, y de ese modo entré en contacto con los inmortales de ese tiempo, que se llamaban Eduardo Santos, Alfonso López Pumarejo, Darío Echandía, Mariano Ospina Pérez, Jorge Soto del Corral, Carlos Lozano y Lozano, Antonio Rocha, Eliseo Arango, Augusto Ramírez Moreno, Silvio Villegas, Gilberto Alzate Avendaño, Eduardo Carranza, Rafael Maya, Roberto Urdaneta Arbeláez y muchos más.

Buscando neutralizar el mal ambiente con que se había recibido en Bogotá el gobierno de la Junta Militar, presidida por el teniente coronel Carlos Delgado Chalbaud (mi amigo) di con el doctor Carlos Lleras Restrepo, fogoso dirigente y al mismo tiempo rotundo y frío interlocutor. No, por cierto, el más frío de los Lleras. Nada menos que el ex presidente Eduardo Santos, quien no cesaba de poner los talentos, la eficiencia y la

* Connotado intelectual y escritor venezolano. Autor de numerosos libros de ensayo, literatura y política internacional. Actual ministro de Relaciones Exteriores de su país.

resuelta personalidad de ese su especie de Ministro Universal, me facilitó el encuentro.

Cuando más agria era la controversia política, aparecí invitado por el doctor Lleras Restrepo a un almuerzo con más de diez personas en el Hotel Continental de la Avenida Jiménez de Quesada. No comprendía cómo semejantes personalidades me agasajaban, precisamente a mí que, aunque llevaba los asuntos políticos de la Embajada, era un muchacho que debió dejar de ser alumno de Hacienda Pública del propio doctor Lleras y del doctor Carlos Mendoza, en la Universidad Nacional, porque era allí más que dura la hostilidad al gobierno que yo representaba.

Cuando concluía el almuerzo, con los anteojos en la mano y el cigarrillo colgando del labio, el doctor Lleras, preguntó abruptamente qué pensaría el gobierno venezolano si en Colombia ocurría un golpe de Estado, pues ello lo temían todos. Me atraganté y en el azoro que aquella inesperada cuestión me produjo, sólo acerté a contestar que dependería de la clase de golpe, del control territorial que tuviera y de la garantía que el gobierno surgido del mismo ofreciera de mantener y cumplir los compromisos internacionales.

Creo que era eso lo que en aquel tiempo cabía contestar, más lo hice con tales turbación e inseguridad que jamás olvidé semejante sofoco, el cual, tras la opípara comida pudo muy bien ocasionarme una apoplejía.

Corrieron más de tres lustros, y ya como embajador esta vez, el doctor Mariano Ospina Pérez, de quien recibí aprecio que agradezco, me comentó en otro almuerzo: “Cómo le parece, mi amigo, que ahora ando en mula por veredas y desfiladeros haciéndole campaña al doctor Lleras, que tanto me combatió”.

Es esa la característica de la política y de la democracia colombianas que, como su política internacional, son naciones: hay un momento en que la patria cita y compromete y en que se ponen de lado y no de través las cuentas personales que abre a menudo la lucha por el liderazgo y el poder.

Sostuve con el presidente Lleras una amistad que me honró siempre. Desde que nos enredamos en el Pacto Andino, nació el 5 de abril de 1966

en el restaurante "El Gran Vatel", ya el trabajo juntos fue constante, cordial, afectuoso. Me empeñé en que, como presidente electo, viniera a Caracas con su gabinete y le aseguré a doña Cecilia, recelosa como quien más de los viajes aéreos, que el avión venezolano que expresamente los transportaría era de los que no se caen.

Acompañado de Germán Zea y alojado en **La Casona**, que es la residencia presidencial de Caracas, comprometió con su personal amigo Raúl Leoni, la reunión del 14 de agosto de 1966, grandiosa e impresionante, que en la Plaza de Bolívar, colmada de gente, generó la Carta de Bogotá, comienzo de la integración más activa y promisoría del continente.

En Caracas hubo reuniones de trabajo, las primeras de los presidentes y sus colaboradores principales, en torno a la mesa donde suele el presidente deliberar con sus ministros. Apareció él allí y me habló siempre con elogio, que venido de él valía más, el talento monetarista de un amigo mío malogrado -Alfredo Machado Gómez- quien se desempeñaba en el momento como presidente del Banco Central de Venezuela.

Cuando abandoné a Colombia _¡hace más de veintisiete años!_ me despidió con un banquete inolvidable y me visitó dos veces en mi casa. Luego me invitaría para la inauguración del puente sobre el río Arauca, que es un poco hijo mío, y para el Sesquicentenario de la Batalla de Boyacá.

Prácticamente cada vez que visité a Bogotá llamaba al Presidente, o lo veía, pues lo nuestro se tornó amistad de familia, cada vez más agradable y enriquecedora para mi. Yo lo seguí, por supuesto, a través de la "**Nueva Frontera**" y de las copiosas crónicas de su propia vida, que es el acontecer de la vida pública colombiana en su discurrir paralelo.

En 1979 le pedí que asistiera a un seminario de ex-presidentes constitucionales de América Latina que organicé en nuestra universidad para averiguar _así tan simplemente_ a qué se debe la diferencia entre la promesa electoral y el cumplimiento gubernamental. Me pidió la lista de los antiguos gobernantes latinoamericanos y me preguntó por la respuesta de cada uno. Cuando le aseguré que determinado ex presidente asistiría, cortó inmediatamente: "Ah, no, entonces no voy, Miguel Angel, porque

a los 70 años tiene uno derecho de ejercer sus presiones". Y no asistió, como tampoco el doctor Lleras Camargo, enfundado ya en su silencio. Estuvieron, en cambio, por Colombia, los ex presidente Pastrana y López Michelsen.

Bravo y fornido el espíritu, cuasi guerrero de este hombre, nada en su vida combativa fue mayor que su acerada voluntad. Cumpliendo, como se debe, las responsabilidades de jefe de la Nación, cuando los estudiantes de la Universidad Nacional alegraron la curiosa ficción de la extraterritorialidad para obstaculizarle la entrada al campus, respondió al instante: "Ni más faltaba que haya un metro cuadrado de territorio colombiano vedado al presidente". Ese gesto de oportuna autoridad definitiva, sin más énfasis que el de la propia frase, es lo que tal vez más falta hace en el día a día de una democracia degenerada en populismo.

Doy fe del terrible sentimiento del deber que lo hacía trabajar más allá de lo exigido para mantener en pie y respetables las instituciones, entre ellas las numerosas que habían salido de sus juveniles iniciativas. Desechó cuanto no fuera el servicio de Colombia, hasta los viajes que no tenían explícita traducción de servicio.

Malos tiempos tuvo, y él estaba hecho para superarlos. Unas veces con la entereza de su carácter, que, supongo nadie osaría negarle; otras, con la autoridad moral de *pater familiae* que es en países como los nuestros el presidente, cuando olvidándose de liviandades inexplicables, recuerda que por todo su mandato es eso: la cabeza política, jerárquica y moral de esa compleja comunidad familiar que es la nación.

El destino, como esos misiles que la terrible meta-técnica de este tiempo, que buscan por el calor el blanco apetecido, hirió en lo más íntimo y dos veces su acerado temple. Lo despojó de sus dos hijas, que para él eran lo mismo que para el Cid: "Telitas de su corazón". Y con la brega y el estrépito del diario combate acalló el alarido del paterno sentimiento.

En la Galería de Presidentes Colombianos, que tantas figuras sobresalientes tiene, Carlos Lleras no está a la zaga de ninguno, sino a la par de los más esclarecidos; y con esto no afirmó nada original.

Enriqueció la tradición y la praxis de un país con continuidad histórica y de una política con sínéresis, la única de América que mantiene, enhiestos, los dos partidos del comienzo, redivivos y pujantes, como que han sobrevivido a todos los conatos de la imaginación y de la fuerza para suplantarlos.

Carlos Lleras podría, por sí solo, representar en la historia a su partido y a su país, pues a ellos consagró sin tasa su inteligencia privilegiada y su perseverancia excepcional.